

Enrique de Gandía y la refundación histórica de la ciudad. 1936-1937

Pablo Seckel¹

Resumen

Para 1936 la ciudad de Buenos Aires se aprestaba a festejar el IV Centenario de su primera fundación. Para la misma fecha, la ciudad y el país estaban saliendo de los efectos nocivos que la crisis económica mundial de 1930 generó sobre el modelo de desarrollo hacia fuera, vigente desde fines del siglo XIX, y basado en la exportación de bienes primarios, por medio de un plan de obras públicas y el desarrollo de la industria sustitutiva de importaciones.

Los resultados más notorios del plan implementado tras la crisis de 1930, para resolver las dificultades económicas, en la ciudad de Buenos Aires, fueron la ampliación de las avenidas Corrientes y 9 de julio, la finalización de las diagonales norte y sur, complementación de la red de subterráneos y la inauguración, el 23 de mayo de 1936, del obelisco de Buenos Aires, obra cumbre del proyecto del intendente de la ciudad Mariano de Vedia y Mitre (Gorelik, 1998: 394). Pero junto a la reconstrucción material y al programa de inauguraciones, el intendente de Buenos Aires, llevó a cabo una reconstrucción cultural e ideológica, que consistió en reescribir la historia de la primera fundación de Buenos Aires, para dotar a la ciudad de un pasado glorioso, y establecer una relación de continuidad entre la fundación de 1536 a manos de Pedro Mendoza y la modernización realizada en por él en 1936. Este proyecto puede verse plasmado en la conferencia que pronunció en el Jockey Club de Buenos Aires, en 1936, en el cual evocaba a Pedro de Mendoza, y definía a su auditorio como “*hijos de su obra*” y “*sucesores suyos*” (de Vedia y Mitre, 1936: 4).

Por lo tanto, para llevar a cabo la tarea de reconstrucción histórica a la que hicimos referencia, o, en palabras de Adrian Gorelik, la “*inauguración de un pasado para la ciudad*” (1998: 408), Mariano de Vedia y Mitre convocó a una comisión de notables, de la que él participo como intendente y como historiador, para resaltar la herencia “*crisiana,*

¹ UBA-UNSAM pabloseckel@hotmail.com

latina y europea” (1936: 4) de la primera fundación frente a la segunda fundación a manos de Juan de Garay, en 1580, por un puñado de mestizos provenientes de Asunción.

La gestión historiográfica de los festejos fue encargada a los miembros y fundadores de la Nueva Escuela Histórica (NEH), como Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, estos últimos encargados de escribir una historia de la ciudad de Buenos Aires. En este contexto, el historiador Enrique de Gandía, escribió en 1936, *Crónica del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza*, y en 1937, *La segunda fundación de Buenos Aires*, para ser incluido como capítulo de la colección *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene.

El objetivo de este trabajo es analizar ambos textos para estudiar las relaciones que establece el historiador entre la primera y la segunda fundación de Buenos Aires, y entre Pedro de Mendoza y Juan de Garay, en función de las inquietudes políticas e ideológicas que guiaban su presente y en el contexto de las celebraciones organizadas por la ciudad.

Enrique de Gandía y la refundación histórica de la ciudad. 1936-1937

I.

La década del 30, en Argentina, se inició con una gran crisis económica, política, social y cultural que puso fin a muchos de los valores liberales que guiaron al país desde fines del siglo XIX. Como sostiene Oscar Terán, todos los registros de la vida de una nación entraron en derrumbe (Terán, 2008: 227). Parecía que la Argentina había perdido su lugar en el concierto de las naciones. Las clases dirigentes a su vez perdían la legitimidad política de antaño, al protagonizar la primera interrupción constitucional desde 1862 por vía de las Fuerzas Armadas. Dando inicio al periodo del llamado “fraude patriótico” o también “década infame”.

Sin embargo, ésta situación generó uno de los momentos más creativos y dinámicos en el terreno de la producción cultural de esos años, *“plasmado en la conformación de agrupamientos, la realización de congresos, la edición de libros y revistas y la creación de editoriales”* (Terán, 2008: 230), que intentaron dar respuestas a las preguntas acuciantes que formulaban la crisis del presente y de futuro que se había abierto en 1930. Una de las intervenciones más significativas en este contexto fue la del revisionismo histórico, quien realizó un cuestionamiento de la clase dominante a la que definió como una aristocracia que se “transformó en oligarquía” y recuperó la figura de Rosas, invirtiendo el eje sarmientino de civilización y barbarie, como prototipo de verdadero patriota.

Como señala Maristella Svampa:

La argentina del 30 es un país que se ha quedado sin presente. Vivir fue querer revivir. Como nunca antes en la historia nacional, el pasado se convirtió en un libreto imaginario del presente; los actores sociales cedieron ante las representaciones literarias. La Historia devino la mayor fuente de legitimación. Apoderarse de ella era capturar la única eficacia que aún parecía quedar en pie en la Argentina de aquellos años: la simbólica.

Era preciso, pues, recrear los mitos fundadores, [...] (2010: 264)

La historia, por lo tanto, se constituyó en materia prima de estas intervenciones y los intelectuales parecían entender que el pasado podía tener una alguna eficacia para comprender los problemas del presente. Dentro de los historiadores, el grupo nucleado en la Nueva Escuela Histórica era el que mayor influencia tenía. Desde las celebraciones del Centenario de 1910 la historia dejó de ser una actividad intelectual libre para transformarse

en una disciplina profesionalizada y científica, con un método establecido. Según el presidente de la Academia Nacional de la Historia, Ricardo Levene, la historia era una disciplina “*científica y patriótica*”, cuyo objetivo era indagar “*el alma de la nación*”. (Cattaruzza. 2001: 433) El Estado jugó un papel fundamental en este proceso al convocar a los miembros de la Nueva Escuela Histórica para intervenir en cuestiones como la liturgia patriótica, el establecimiento de feriados, la conformación de comisiones para la instalación de monumentos, etc. Pero también demandando a los historiadores que con sus investigaciones y la práctica docente contribuyan al proceso de nacionalización de las masas. En esta relación, los historiadores legitimaban al Estado construyendo un pasado a su medida y el Estado legitimaba a los historiadores reconociéndolos como “los únicos” habilitados para hablar sobre el pasado².

Siguiendo este aspecto no es de extrañar que sean los miembros de la NEH los que constituyeran la comisión encargada de construir el pasado de la ciudad en los festejos de su cuarto centenario. Y que su intendente, de Vedia y Mitre, forme parte de la misma en carácter de historiador y representante del estado porteño.

II

En la nota de prensa con la que el doctor Enrique Larreta y Enrique de Gandía dejaron constituida la comisión encargada de los festejos del IV Centenario de la fundación de Buenos Aires, y reproducida por el propio de Gandía en “La segunda fundación de Buenos Aires”, indicaban que:

“La historia recuerda ambas fundaciones con los pormenores de una y de otra, que han puesto en claro, en estudios eruditos, notables historiadores argentinos; pero el pueblo en general sólo se ha acostumbrado a evocar y a conmemorar la segunda fundación, la definitiva, de Juan de Garay. La gloria y la inmortalidad han recaído sobre este vizcaíno, nacido en Orduña, con toda la justicia que merece su vida ejemplar, llena de sacrificios y honradez. La conciencia nacional ha hecho un símbolo de la figura del fundador de la actual Buenos Aires, y su nombre ha de brillar, cada vez con mayor resplandor, a medida que más sean los años que engrandezcan en el tiempo nuestra magna ciudad.” (212)

Pero más adelante agregan que:

² El Estado también jugó un papel fundamental financiando las instituciones y publicaciones de los miembros de la NEH, por ejemplo, en 1934 Ricardo Levene obtuvo un subsidio del Congreso destinado a la publicación de la Historia de la Nación Argentina, cuyos primeros tomos aparecieron en 1936. (Cattaruzza. 2001: 447)

“El pueblo argentino, al glorificar con toda justicia a Juan de Garay, no ha tomado en cuenta sino el éxito y se ha olvidado de los sacrificios y sufrimientos inmensos de los hombres de don Pedro de Mendoza [...]” (212)

La *Crónica del magnífico adelantado Don Pedro de Mendoza*, de 1936, está destinada a subsanar ese olvido y hacer “renacer”³ la figura de Mendoza y refutar las calumnias del arcediano Martín del Barco Centenera quien había llamado al primer fundador: “*libertino, aventurero y desalmado*” (12). Pero también contra los olvidos de Paul Groussac, quien en su obra, *Mendoza y Garay*, pasó por alto el “*interrogante de si Buenos Aires fue fundada o no lo fue, si tuvo Cabildo o no lo tuvo y de si era un “pueblo” o un simple surgidero para los navíos.*” (9)

Por lo tanto, las principales preocupaciones historiográficas o “rememorativas” de Enrique de Gandía en su *Crónica...* van a ser: recuperar la figura de Pedro de Mendoza, y transformar su vida, como veremos más adelante, en la vida un santo o mártir olvidado; y demostrar, más allá de la ausencia documental precisa, que Buenos Aires fue fundada en 1536 y que la fundación obedeció a un criterio político y militar, cuyos objetivos eran “*descubrir, conquistar y colonizar*”. En cambio, en “*La segunda fundación de Buenos Aires*”, de Gandía, va a reducir la fundación de Garay de 1580 a objetivos *práctico y comercial*.

Comencemos por el tratamiento de las figura de Pedro de Mendoza y Juan de Garay.

Como vimos al principio del apartado, Mendoza fue “el olvidado” y el calumniado por la historia, por lo tanto, los primeros capítulos de la *Crónica...* están destinados a demostrar que “*el fundador de nuestra primera Buenos Aires no fue ningún aventurero perteneciente a una rama genealógica no titulada, acaso ilegítima o venida a menos*” (58) como creyeron algunos historiadores, en especial Paul Groussac, blanco de los principales ataques de de Gandía, sino que fue un hombre perteneciente a “*una de las familias más ilustres de España y, por consiguiente de Europa, que con su nombre dio a nuestra ciudad una ejecutoria como no tiene ninguna de las capitales americanas*” (58) Pero además de un hombre de la más alta nobleza, Pedro de Mendoza “*había sido un hombre muy culto y*

³ Dice De Gandía que en su texto “se impuso la síntesis y al mismo tiempo nació, junto a la compenetración del autor con el biografiado, la emoción artística que trae aparejada toda resurrección”

su enfermedad lo había hecho aun mas lector”(331) y luego de enumerar la lista de libros presentes en la primera fundación, de Gandia concluye:

“Erasmus y Virgilio!: he aquí los autores preferidos por Mendoza, los primeros libros que se leyeron en Buenos Aires hace cuatrocientos años. A *nuestra* ciudad nada le faltó, pues, en sus orígenes, para ser más ilustre: la más alta nobleza de España; las joyas más preciadas de la literatura universal. Todo esto tuvo y un poema inmenso que inmortalizó su memoria: el poema del dolor, lo único eterno.” (331)

“*Nuestra ciudad*”, la ciudad de de Gandía, por lo tanto, se construye como una ciudad europea, culta y noble desde el primer momento. Cuyo héroe fundador tuvo una “*visión grandiosa*” y guió a un grupo de conquistadores tras un sueño, conquistar “*los tesoros fabulosos del Rey Blanco*” y “*señorear la tierra de un Océano al otro*” (13) y alcanzar la gloria de descubrir un imperio más grande y fabuloso que los “*que conquistaron Cortes y Pizarro*” (*La segunda...*206).

Siguiendo con esta reconstrucción del personaje, el texto termina construyendo a Pedro de Mendoza con ribetes religioso:

hombre como los de ayer y de hoy que luchan para triunfar y que, cuando caen, los que vienen atrás los pisotean: uno de esos mártires que ni la Historia ni la Iglesia reverencian porque sus empresas no dejaron la proyección que los historiadores exigen y porque no hicieron milagros. Sin embargo, el llamado desastre de su armada echó las bases de la colonización ininterrumpida de nuestra Patria, y su nombre quedó flotando como un fuego fatuo sobre las ruinas de la ciudad, se fue convirtiendo, lentamente, por esos prodigios que sólo hacen el tiempo y la tradición, en el nombre de un Santo.(14)

En cambio, la segunda fundación de Buenos Aires es construida desde un punto de vista pragmático y material:

Los colonos que siguieron a Juan de Garay para echar los nuevos cimientos de la ciudad de Buenos Aires no soñaban con minas de plata, (...) no iban tampoco al encuentro de los desconocido (...) Todos sabían que les esperaba el trabajo duro de la tierra, que habían de regar las hortalizas con el sudor de la frente y cuidar el los ganados (206)

Y Juan de Garay es presentado como un hombre práctico alejado de toda épica:

“Este hombre, en verdad extraordinario – no por sus gestas y aventuras aunque las tuvo bien peligrosas -, sino por constituir, tal vez, uno de los pocos casos de conquistador y colonizador del cual no se dijeron, en su tiempo, más que palabras de bien, es, en efecto, una figura simpática como pocas, que se destaca entre el abigarrado conjunto de personajes de la época con un relieve propio,

hecho, no de rasgos épicos a la manera teatral, sino de honradez, de constancia y de valor.” (212)

Pero además de alejado de toda épica, es alejado de la fundación de linajes políticos o de la formación de los grupos dirigentes, ya que su figura se asocia a la del inmigrante, que viene a trabajar con “sus manos y su sudor” para el bien de la patria que lo recibe, una patria ya formada en sus cimientos. Como dice de Gandía en “La segunda fundación de Buenos Aires”:

“La fisonomía de su vida y el temple de su carácter, parece que constituyera el espíritu de todos los hombres que han triunfado en la Argentina, lo mismo ayer que hoy. Es – si tuviéramos que compararlo a un símbolo – el prototipo del inmigrante español, que ha formado la grandeza del país con su trabajo, su humildad y su autentico valer: el hombre que sale niño de sus montañas españolas para entregar su juventud a estas llanuras inmensas, envejecer poco a poco y, después de haber dado al país, que para él constituye su segunda patria, todo lo que pudo crear con sus manos y su sudor, en la edad madura, en vez de hallar descanso y el premio a los cuales tendría justo derecho, encuentra la muerte inesperada, el olvido o, lo que es peor, la ingratitud. En este caso ni el olvido ni la ingratitud le esperan a Garay, pues los argentinos hemos hecho de su vida un símbolo y de su imagen – ilusoriamente imaginada, pues no conocemos su retrato – la caracterización de la desenvoltura, de la constancia y del éxito: es decir, de lo que se admira y envidia en todo hombre porteño” (212)

Por lo tanto, pasado y presente se funden, “*lo mismo ayer que hoy*”, para crear una continuidad entre la imagen del Juan de Garay y los inmigrantes que llegaron a fines del siglo XIX para trabajar en el suelo argentino y ser gobernados por los herederos de Pedro de Mendoza, a quien el historiador pretende recuperar del olvido injusto al que fue confinado.

III

Como se dijo anteriormente, uno de los objetivos de la obra de de Gandía es dejar en claro que Buenos Aires fue fundada como ciudad desde el primer día. Para ello era necesario establecer la fecha y el lugar exacto de su fundación, más allá de la ausencia documental al respecto. En este aspecto de Gandía, los datos decretados el intendente de Vedia y Mitre, que establecían que la ciudad se fundó por primera vez sobre “*la parte alta de la meseta, a la entrada del puerto o canal*” (169) y no sobre la costa, entre el día 2 y 3

de febrero, aunque para el historiador, el 3 de febrero es la fecha más acertada, porque coincide con la fiesta de San Blas, a quien los conquistadores adoptaron como santo patrono.

Como señalan Gorelik y Silvestri, la elección de la meseta como lugar de fundación presentaba a los conquistadores como verdaderos colonizadores dispuestos a la ocupación del territorio y no como “una banda de aventureros” (1992: 24). Pero para de Gandía, lo más importante en el proceso de fundación no es la duración o no de la población, sino el carácter político que tiene la primera fundación, porque:

lo que ciertamente es fundar una ciudad en lo político, pues ésta esencialmente se constituye, no por su natural población, sino por el establecimiento de la autoridad y la jerarquía, y por la ejecución de aquellos actos solemnes, que son los fundamentos del orden social y civil. (1936: 250)

Mendoza no solo se encargó la construcción de un fuerte para albergar a la población sino que nombró a los Regidores y Alcaldes del Cabildo de Buenos Aires.

Más allá de lo real o no de la situación, y de si Buenos Aires tuvo o no un cabildo en 1536, lo interesante es advertir que para de Gandía la primera fundación de Buenos Aires establece el *orden social y civil*, es decir crea las jerarquías de mandos necesarias para la existencia de la vida cívica y por lo tanto constituye a las clases dirigentes de la ciudad.

En cambio, como vimos, en la reconstrucción de la imagen de Juan de Garay, la segunda fundación, basada en un carácter instrumental y práctico, es asimilada a la imagen del inmigrante que viene a trabajar el suelo argentino, a ser gobernado y obedecer el orden social y civil creado por el primer fundador.

Por lo tanto podemos pensar que los sucesores de la obra de Mendoza, como se nombraba el intendente Mariano de Vedia y Mitre, en la conferencia pronunciada en el Jockey Club de Buenos Aires, son los legítimos gobernantes de la ciudad, herederos de una fundación noble, europea y culta. Frente a ellos, se desarrolla un mundo abigarrado de inmigrantes, cuyo destino es el de trabajar y recoger los frutos del sudor de su frente.

IV

En síntesis podemos observar que en los textos analizados, se encuentra una polarización de las figuras de Pedro Mendoza y Juan de Garay mientras que el primero se liga a lo ‘espiritual’, Garay se liga a lo ‘práctico’. En la obra de de Gandía, además, el primer fundador es asociado a lo político y militar, es decir al mando y a la construcción del

orden social y civil indispensable para la vida cívica, y Garay y sus colonos, al mundo del trabajo, del sudor, del esfuerzo físico.

Por lo tanto, creemos que la línea *Mendoza – Vedia y Mitre, 1536 – 1936*, permite construir una relación de continuidad que puede tener como fin la legitimación de las clases gobernantes del momento. Clase dirigente que, como vimos, había sido cuestionada por la crisis del 1930 y la práctica sistemática del fraude electoral y que los revisionistas habían caracterizado como “*una oligarquía maléfica y perniciosa que, entregada al imperialismo británico, desvirtuaba el viejo destino de grandeza del país*” (Svampa, 2010: 261)

De esta forma, la reconstrucción histórica y la revisión de los mitos fundadores se transformo en una empresa de legitimación política.

Bibliografía

Gandía, Enrique de. 1936. *Crónica del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza*. Buenos Aires, Rosso.

------. 1937. “La segunda fundación de Buenos Aires” en Ricardo Levene, dir. *Historia de la Nación Argentina. Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862*. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, t. III, cap. III.

------. 1937. “Primera fundación de Buenos Aires” en Ricardo Levene, dir. *Historia de la Nación Argentina. Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862*. Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, t. III, cap. I.

Gorelik, Adrián. 1998. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires. 1887-1936*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

----- y Graciela Silvestri. 1992. “El pasado como futuro; una utopía reactiva en Buenos Aires” en *Punto de vista*, 15, 42, pp. 22-26.

Svampa, Maristella. 2010. *El dilema argentino: civilización o barbarie*. Buenos Aires, Taurus.

Terán, Oscar. 2008. *Historia de las ideas políticas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires, Siglo XXI.